

CICUTA FIZZ

Por Jorge Beltrán
(Grupo Editor Latinoamericano)

Informa la solapa que antes de esta novela ha publicado el autor otras cinco y recibido cuatro premios. Esta sexta transcurre durante unas veinticuatro horas en un señorial departamento frente a Plaza San Martín donde se cuecen habas, todas las de una historia familiar a lo largo de tres generaciones en contraste, y que coinciden en una olla a presión que comienza silbando bajito y termina en estallido ahogado.

Discurre intermitentemente a modo de diálogo y de monólogo interior de los personajes, sin intervención de narrador, excepto en unos pocos y breves pasajes en *itálicas* con un cierto tinte en dos sentidos lírico: por estilo y por referencia a la ópera *Carmen*, especie de *leitmotiv* que avanza al ritmo en que se devela la trama subyacente, el tejido de las cuentas pendientes familiares. El monólogo interior, a su vez, interviene de dos maneras: como breves intersticios del diálogo (lo que se piensa mientras se está hablando pero no se dice), o bien como extensos pasajes en los que campea el recuerdo.

Es la voz de los personajes, pronunciada o interior, la que nos indica quién está hablando o pensando, y el recurso está bien manejado. A medida que el lector va introduciéndose en el mecanismo y se mueve en él con comodidad, y sobre todo a partir de que las cuentas pendientes de los personajes entre sí y consigo mismos van saliendo a la luz, la narración va volviéndose ágil y atractiva, apoyada en una prosa tersa, sólo a veces excesivamente prolija para reflejar el fluir del pensamiento (ej.: “*Ya arreglé todo lo que concierne a la Bolsa?*”) o descriptiva de la acción que el mismo pensante está llevando a cabo y dice que está haciéndolo. Y una apostilla ortográfica: si la Real Academia prescribe mantener la tilde al agregarse un pronombre enclítico a un verbo que la lleva (ej.: *fijóse*), lo mismo debería hacerse en la conjugación del voseo que la Academia no contempla (ej.: *fijáte*).

Abundar en datos sobre los personajes o el argumento sería quitarle al lector uno de los mayores placeres que esta novela depara: el de ir descubriéndolos por sí mismo poco a poco, al ritmo que el autor le ha impuesto siguiendo con pericia lo que ha llegado a constituirse en abecé del género (lo oculto –misterio– que se revela poco a poco), y cuya reducción a la obviedad en tanto mecanismo es el relato policial. (190 páginas.)

Pablo Ingberg